país, y este sólo hecho debe llenarnos de confianza en nuestro porvenir, y de amor á los nobles caracteres que han contribuido á la victoria sobre el más formidable de los enemigos: el cáncer de las propias entrañas.

Apenas se había realizado nuestra independencia, y, porque no nos resignábamos á un gobierno teocrático, se comenzó á propalar nuestra congénita incapacidad para gobernarnos por nosotros mismos y para vivir como pueblo independiente: se esparcía el desaliento apocando á nuestros héroes, para disminuir la confianza en nuestras propias fuerzas, y se preparaba la intervención extranjera, proclamándola como un acto de elevado patriotismo.

Vencida la intervención por el valor inquebrantable de Juárez y de los que lo siguieron, parecía que la vida de la nación estaba asegurada para siempre, y que sus enemigos internos tenían que conformarse con buscar la manera de armonizar sus aspiraciones con la vida nacional. Pero no es así, siguen alentando sus vanas y perjudiciales esperanzas: buscan en el horizonte político un punto de apoyo: creen divisarlo más allá del Bravo y que la historia del «Fondo Piadoso de California» es el primer peso para destruir las leyes de Reforma y la Soberanía nacional. Entonces vuelven á poner manos á la obra; divulgan y sostienen por todas partes el *destino manifiesto;* infunden en el pueblo el desaliento, inculcando la idea de que es inútil abrigar esperanzas contra una fatalidad inevitable.

En esta situación aparece el libro de Bulnes como oportuno disolvente.

Su idea es bien sencilla, y consiste en un entimema terrible.

Fué imbécil la resistencia á Francia; lo único que debió haberse hecho fué huir, porque Francia era formidable para México.

Pero los Estados Unidos á su vez, fueron formidables para Francia.

Todos los lectores pueden sacar la consecuencia de estas premisas.

Jamás hombre alguno ha personificado tan ciertamente á su nación como Juárez personificó á México en la lucha contra Francia. Mientras Juárez pisaba el territorio nacional, México vivía. Por lo mismo, decir que Juárez fué un imbécil al luchar, equivale á decir: México fué imbécil al combatir por su independencia.

Tal es la cínica proposición sustentada en el libro.

Nosotros no hacemos de Juárez un Dios: lo amamos precisamente porque fué un hombre, y todo aquello que demuestre su humanidad, aún sus errores, lo adhieren más á nosotros.

Amamos la discusión y la luz, pero rechazamos la calumnia, la apreciación preocupada y desleal que lleva un fin malévolo como el libro de Bulnes. Comprobaremos esta aseveración citando algunos de sus pasajes:

Inserta el autor la grosera comunicación de Saligny á Juárez, con motivo del incidente de las hermanas de la Caridad, y agrega que el Presidente se acobardó como un niño ante las amenazas del Plenipotenciario francés, y que convino en que las hermanas de la Caridad quedaran en el territorio nacional, bajo la salvaguardia de Napoleón III, siendo así Juárez el primero de los mexicanos que se adhirió á la Intervención francesa. Esto lo dice el escritor con entera mala fe, porque conociendo la enérgica contestación de Juárez á Saligny, la pasó en silencio, para dejar en pie la calumnia.

Critica á Juárez porque no mandó arrasar los campos, destruir las sementeras, recojer los granos, volar los molinos, ahuyentar los ganados y acabar con los caminos en toda la zona comprendida entre Veracruz y Puebla. Hace el autor tal inculpación á sabiendas de que es injusta, porque algunas páginas después trascribe con grandes elogios una carta del libertador Simón Bolívar, de quien dice que «fué si era General de veras,» y en tal carta Bolívar reprueba ese sistema de guerrear, que consiste en la destrucción de todo y que acaba con ambos combatientes. Y eso que Bolívar no preveía el caso de que los propietarios de los campos estuvieran ganados ó á punto de serlo, por las ideas del enemigo de la patria, y que se habían tal vez decidido á combatirla cuando hubieran visto atacados tan radicalmente sus intereses.

No tarda el autor en suministrarnos la prueba de que él mismo así lo entiende: hablando del Gobierno republicano, en una época más desesperada y aciaga dice: «se multiplicaron las contribuciones, se impusieron préstamos forzosos, se desarrolló la leva con furor extraordinario, se hicieron requisiciones de armas, de caballos, de mulas, de carros. *Se hizo todo lo posible para echar á las poblaciones en brazos de la Intervención.*»

Inculpa luego á Juárez, porque no abandonó el país, para que así hubiera este aparecido como pacificado y los franceses se retirarar; y luego añade: «Los Jefes y Oficiales del ejército republicano se desbandaban de sus filas para presentarse por pelotones, por batallones, por brigadas á recibir el pan caliente de la Intervención. Los principios se refugiaban evidentemente en los repliegues intestinales.»

Si la conducta de Juárez merecía ser criticada, la de los segundos era digna de encomio, caso de ser cierta, porque así más pronto aparecería el país pacificado. Pero como tanto el uno como los otros eran mexicanos, Bulnes prefiere vituperear á ambos. Y luego en el colmo de la inconsecuencia, añade que Francia dió por terminada la pacificación, y que Napoleón mandó retirar las primeras fuerzas á pesar de la presencia de Juárez en nuestro territorio, cuando las fuerzas regulares republicanas quedaron destruidas.

No es con ese ánimo preocupado ni con ese criterio inconsistente, con lo que Bulnes pudo elevarse á Juez de nuestro gran República. Sus juicios no pueden ser aceptados por el país que conoce de tiempo atrás la lógica de ese escritor: no hace mucho, en célebre discurso, pintó al General Díaz con los colores más negros, para inferir de allí, que, por patriotismo debía de reelegirse Presidente de la República. Conoce el pueblo la historia parlamentaria de Bulnes, y sabe que no está hecho para mártir de la verdad.

Y por eso ahora que vé que con tales elementos y antecedentes, con datos truncados, con apreciaciones contradictorias y con proposiciones tan absurdas como la de que la moral del soldado se levanta con la deserción; ahora que vé que con todo eso se pretende manchar la figura de Juárez, el país se levanta para protestar ante el mundo social, que ni por un momento cree en la calumnia: que si Bulnes, queriéndose erigir en juez de Juárez, desaprueba sus hechos, el país todo, juzgando la obra de Bulnes, la condena; pero no la condena á desaparecer por el fuego y á permanecer ignorada. No: la quiere ver conocida de todos, leída por todos: mientras más se publique el libro, más alta será la picota. Jamás obra alguna ha podido servir más á la causa de Juárez, porque ninguna había demostrado como ella, hasta qué punto el país se identifica con el Benemérito: ninguna como ella había podido demostrar que todavía, treinta años después de su muerte, Juárez es el escudo de la patria, y que para intentar algo contra nuestra nacionalidad, deben primero hollarse las cenizas del héroe.

Nosotros por lo mismo hacemos constar con orgullo ante el mundo entero, que á pesar del libro de Bulnes, Juárez sigue siendo para todo mexicano digno de serlo, el símbolo querido de estas dos grandes ideas: Reforma é Independencia.

León, 4 de Septiembre de 1904.—Emiliano Lojero, T. Esquivel Obregón, J. S. Mendoza, P. Campillo, Ricardo Rojas, M. Malo Juvers, Cuel. Juan N. Acosta, J. M. Aranda Díaz, Coronel Apolinar Quesada, Juan N. López, Gabino Sánchez y Torres Cano, Primo Manrique, José L. Ortiz, Lic. Mariano Coronado, Epilacio Castro, Antonio Castro y Aranda, Santiago Araujo, Antonio Morán, José M. Araujo, Ingeniero Manuel Contreras, A. Palacios Suárez, Francisco G. Plata, Jesús Díaz, Manuel G. Piña, F. Salgado, Angel Ayala, Eulalio Márquez, Agustín Quesada, Librado García, Vidal Sandoval, Juan Gallardo, José Alvarado, Luis G. Patiño, El Mayor Luis M. Rosas, Juan Corona Rivera, Teniente Coronel Víctor Piña, Mayor Miguel Villar, José Luis Rivas, José M. Villalvazo, Lic. A. Palacios, Francisco Manthey, M. Lazama, José A. Pérez, Melesio Ledesma, E. Randolph, José L. López, Federico Ferro, Felipe Guzmán, Hilario Enríquez, Juan Morales, Cristobal Ruiz, Gabino Pérez, Aibino Franco, Protasio González, Salvador Hernández, Pablo H. Sánchez, Severo López, Enrique Araujo, Francisco López, A. Frías G, José Platón Nava, Indalecio Fuentes, Aureliano Rivera Ruiz, Alfredo Morán, Lauro Arenas, Benito Báez, Julio Blanco, J. Jesús Gaona, Elías Díaz del Castillo, J. Domingo Zavala, Guadalupe Ruiz, Zeferino Ortiz, A. Vallejo, Reinaldo Carrillo, Pablo Maldonado, Miguel L. Sánchez, G. Rincón, Pedro Aranda Díaz, J. Antonio Lozano, N. Villagómez, José Rosales de la Vega, Jesús Rodríguez, Edmundo Araujo, Lino Delgado, Miguel Romo, Aurelio García, Carlos Hernández, Candelario Hidalgo, J. Antonio Navarrete, Luis G. Brito, Leandro Santillán, Gabriel G. Pasos, Ildefonso López, José Frausto, J. Guadalupe González, Miguel Robledo, Manuel Malacara, Cleofas López, Blas Maldonado, Herculano Ramírez, Joaquín González, Alberto E. Barrón, J. R. López, José I. Tapia, Luis Rivas y López, Emiliano Martínez, Francisco C. Palacios, Abrahem González Esquivel, Ildefonso Azcona, Manuel Malacara hijo, Alberto Díaz, José G. Camarena, Prisciliano Hernández, Francisco de la Vega, Indalecio Wario, M. G. de Velasco, Salo Beltrán, G. Gómez, Juan Pineda, G. Segovia, Alfredo Romero, Federico Pacheco, Lino G. Tinoco, Pedro Malacara, Subteniente Zeferino López, Enrique Cortés, Sabino A. Martínez, Angel Bravo, Rafael González, Soldado de 1ª Ramón Reyna, Capitán Francisco J. Arredondo, José Rivas, Jesús Valencia, Juan H. Macías, I. C. Cartwringht, Manuel Sánchez J. Encarnación Gaucón, Alfonso C. Condey, Casimiro Iramátegui, Alfonso Fernández de Alfaro, José Luis Rivas, José R. Romero, Félix Contreras y Padilla, Margarita G. de Cartwright, Alice V. Williams, Eva Gutiérrez, Julia Morales y Vázquez, Daria Barbosa, Crispín Ramírez Gómez, Jacinto García, Agustín Córdoba, Emiliano Saavedra, Tomás Ulloa, Amado Segura, José González, Luis López Alvarez, Juan Ramírez, Francisco Paz, Arnulfo Alva, Rafael Fernández, Teófilo Vargas, Manuel Carmona, Fidel Gutiérrez, Daniel Ortiz, Cruz M. Gómez, Antonio Torres, Crispín Ramírez Gómez, Antonino Becerra, Concepción Torres, Cosme Ríos, Lorenzo Ramírez, Octaviano Ortiz, Juan Méndez, Doroteo Arriaga, Manuel Malla, Alberto Herrera, Juan Delgado, Luis Esquivel, Toribio T. Estrada, Clemente Quiroz, Salvador Rizó, Julián Hernández, Ignacio Morales, Juan B. Gómez, José T. Maciel, J. Amor Paz, Juan Márquez, Guadalupe Ceballos, Francisco M. Jaime, Rosalío Vázquez, Alfonso Villalobos, Inocencio Castillo Silva, Ramón M. Díaz, Manuel R. Salas, Victoriano Alvarado, Inocencio Rivera, Enrique Polos, Atilano Huerta, Victoriano González, Antonio Villa, Saturnino Moreno, Gumersindo Herrera, Anselmo Tovar, Pascual Zamora, Florencio Ojeda, Ponciano Romero, Regino Naches, Plácido Arias, Juan Vazquez, Gabino García, Isabel Moreno, Vicente Ruiz, Julián Donato, Eduardo Aguilar, Juan Peña, Librado Cortés, Felipe Arenas, Eduardo Basauri, José Amado, Fermín Ramírez, Julián Ojeda, Luis Sánchez, Fidel José Gutiérrez, Florentino López, Tomás Raya, Refugio Manrique, Próspero Vidaris, Manuel Balderas, Rosalío Villa, Silverio Vera, Andrés Díaz, Leopoldo H. Chacón, Daniel Carmona, Claro Rodríguez, Juan G. Gasca, Octaviano Núñez Castillo, Felipe Arenas, Hilarión Plaza.

HIDALGO

De una hoja, procedente de la ciudad de Pachuca, titulada *Defensa de Búlnes*, tomamos los siguientes párrafos . . . . . .

. . . . . .

«El señor Búlnes cree que se le quiere expulsar del partido liberal. El partido liberal no es una sociedad reglamentada por estatutos. Pertenecen al partido liberal los que aman los principios conquistados y tienen *culto* como el culto por el hogar, el culto por la familia, por nuestros progenitores, por los hombres que lo simbolizan. ¿Por qué los cristianos *adoran* á Cristo, cuando Cristo era un *hombre?* El Verbo se hizo *hombre*, dice la misma Escritura.

Se salen del liberalismo los que quieren comenzar su credo por Poncio Pilatos. Los que entienden el liberalismo, no como Búlnes entiende las matemáticas (monomanía matemática) sino como se entiende un beefesteack, con jugo gástrico; los que quieren conciliar unos principios con los contrarios. Como si dijeramos, ya que se trata de matemáticas, *hasta cierto punto* el cuadrado de la hipotenusa es igual á la suma de los cuadrados de los catetos.

Yo no sé qué *autoridad* habrá hecho la división de jacobinos y liberales. O se aceptan y aman *todos* y *cada uno* de los principios liberales, en cuyo caso se es jacobino, ó no se aceptan, y entonces no se es liberal. No hay términos medios; en esta materia no hay híbridos, ni hermafroditas, del partido liberal.

«Yo no me siento vencido, ni me sentiría aun cuando cada molécula del territorio mexicano hiciera una «protesta contra mi libro» (monomanía autólatra), la lucha comienza y estoy dispuesto á sostenerla; (monomanía de quijotismo) pero como está perfectamente organizado por la intolerancia jacobina, el sistema de persecución y de terror (monomanía de persecusión) para todo aquel que discrepa en lo más mínimo de que Juárez tiene que ser el Boudha de México y ser culto obligatorio para todos los mexicanos bajo la pena de ser declarado traidor á la Patria, no he encontrado impresor dispuesto á servirme en la defensa de mis opiniones. Ninguno quiere seguirme en el Calvario de la verdad histórica.» (monomanía autólatra.

El señor Búlnes confiesa que está atrancado por dentro. Es como el que al iniciar una discusión decía á su interlocutor. «Parta usted del principio que no me ha de convencer.»

Este párrafo, en que revela el señor Búlnes no tener ni una *molécula* de modestia, es sencillamente ridículo por lo pretencioso pero ya sabemos que para el señor Búlnes no hay nadie más que él. El si es el Boudha de sí mismo. Como el personaje que decía: «Yo soy partidario de la Monarquía siempre que yo sea el Monarca.»

«Por tal motivo, he tomado la determinación vergonzosa para el liberalismo mexicano de partir para los Estados Unidos (monomanía autólatra) y desde lo alto de su inmensa civilización (antoyizmo) impregnado de su atmósfera luminosa á fuerza de liberto; alentado por el solemne espectáculo de la dignidad de sus ciudadanos é inspirado por el aspecto monumental y eterno del conjunto de sus derechos, hacer mi defensa personal y de mi libro, (monomanía de persecusión y quijotismo) llevando como refugiado el título de gloria de «haber sido expulsado de la Cámara de Diputados» (monomanía de persecución) por el crimen de haber escrito un libro en que niego la divinidad de un hombre ¡Polvorón!

¡Cuánto disparate! ¡Cuánta mentira y cuánta petulancia! El señor Búlnes en su rabiosa monomanía autólatra cree que el lo llena todo: ciencia, literatura, etc.; quedan perdidas para México, ahora que se va para Estados Unidos. Veremos qué hacen los mexicanos sin Búlnes. Probablemente lo que han hecho sin Zúñiga y Miranda, sin Cantoya y sin Chencho. Búlnes está como el andaluz que al salir de Madrid decía: «Adios Madrid, te quedas sin gente.

«Mi programa era defenderme sin pasión, sin cólera, casi sin emoción; todo lo que se hace contra mí no me sorprende (monomanía de persecución) La antropolatría solo puede sostenerse con la antropofagia.»

No sé como le podrán llamar los alienistas á la monomanía de hacer frases y juegos de palabras. *El Imparcial* le llama «malabarista de la palabra.» A mí se me figura de esos muchachos que se entretienen haciendo figuras con un pedazo de cáñamo entre los dedos de las manos, la pata de gallo, la cuna, los calzones etc.

Léanse los dos párrafos siguientes y cada paso se encontrará con los síntomas de sus monomanías. Las baterías japonesas y el incendio sin fuego, monomanía de persecución. «Una millón de palabras no pueden destruir una sola palabra de mi libró, monomanía autolatra; las leyes de la gravedad no se demuestran con bailes, monomanía matemática.

Lo que sí vale la pena de copiar es la parte del penúltimo párrafo, que dice: «Yo sostendré la lucha en los Estados Unidos, si en mi patria se me declara traidor porque pienso con mi cabeza.» Autorizado por la voluntad de esa patria que ha declarado ser la primera de sus glorias reconocer la libertad del pensamiento. Entro á la lucha sin ambicionar la victoria, porque esta tiene que ser forzzamente mía (furor autólatra) pues si se me vence será con la verdad y como soy el soldado de la verdad, siempre resultaré vencedor. (Sigue el acceso)

En el último párrafo, le remuerde la lengua y le llama *humilde* á su inteligencia.

El resultado práctico de todo es que él ya hizo su negocio, y tiene con que irse para los Estados Unidos, dejando á los antropófagos mexicanos sin tener á quien comerse. Que le vuelva la popa al *Tiempo* y don Victoriano se queda sonriendo la gracia y que la casa de Bouret conserva y seguirá vendiendo el libro Está en el caso del fraile que sita san Juan Mateos en su «Cterolobia» «El traile en su clandestinaje [del confesionario, escucha la confesión del adulterio y se queda con el cuerpo del delitd» Versículo 10583.

No será extraño que el señor Búlnes desde lo alto de la *atmosfera luminosa* con la gloria de haber sido expulsado de la Cámara de Diputados publique un libro que se llama «Mi verdadera Madre,» porque él es el *soldado de la verdad* el ateo de todas las religiones y no ha de permitir que se rindan cultos, que se ame con idolatría y se crea en perpetecciones; y sobre todo que no ha de tolerar que se le vuelvan Baudha.—ECORPIO.

Pachuca, septiembre 7 de 1904.

LA ULTIMA OBRA DE BULNES

Y el partido conservador

—«o»—

Nuestro estimado amigo el Sr. Lic. Esquibel Obregon nos manda con este título el artículo que en seguide publicamos:

Que los liberales de todo el país se hayan levantado como un solo hombre para inpugnar el libro de Don Francisco Búlnes "El Verdadero Juárez se comprende porque se ataca con rudeza á uno de los más grandes hombres del partido. Pero no comprendemos como los conservadores elogian tanto y tan incondicionalmente aquella obra supuesto que en ella se manifiesta el más profundo desprecio no solo por las personalidades más sobresalientes de la agrupación crecical sino por las ideas fundamentales de la misma No podemos comprender esto sino ó suponiendo que los conservadores no han leido el libro; ó bien que ese partido carece de los impulsos vitales que hacen conocer y rechazar con energía lo que nos daña; ó finalmente que sacrifican con gusto su propia honra para poner en duda la de un enemigo y que es mayor en ellos la envidia por el prestigio ageno que el anhelo de abrazar el propio.

En demostración de lo asentado copiamos algunos trozos de la obra de Búlnes.

"Las tres grandes calamidades de la América latina y muy especialmente de México han sido: el clero, los pretorianos y los diplomáticos. . . . . .

"El clero indiferente la catastrofe de los griegos probó una vez más, que el catolicismo no es cristiano. . . . . .

"Gaulot se muestra partidario entusiasta de la intervención; cree que el imperia pudo establecerse y consolidarse, justifica la conducta de Napoleón y aún la de Bazaine, cuando estos personajes habían muerto y escribió su libro hasta 1890, cuando no había ya intereses ni personas que turbasen su serenidad crítica. Y bien Gaulot al leer la cuarta resolución que dice: que en caso de que Maximiliano no acepte el trono, "la nación mexicana se entrega á la benevolencia del Emperador de los Franceses para que designe otro príncipe" Gaulot no puede menos que escribir. "No puede negarse que este último artículo sobrepasaba en torpeza todo lo que se había hecho hasta entonces.? Cuando se comprendió todo lo que había de vergonzoso para una nación que se decía independiente, en apelar á la voluntad de un soberano extranjero y por otra parte en todo lo que había de desagradable para Napoleón III, colocado frente á los mexicanos en la situación de un amo que quiere ejercer una tutela absolnta, cuando está rechazado con todas sus fuerzas? Después de este acto de servilismo de Asamblea. . . . . Cuando los soldados españoles se presentaroa en Veracruz, multitud de Jefes y Oficiales conservadores abandonaron las filas del conservatismo y ofrecieron á Juárez sus servicios, al ver amenazada la independencia de su patria. Gran número de personas no mtlitares, se lanzaron á la guerra contra los franceses en vista del peligro que corria la independencia nacional Era evidente que todos esos conbatientes tenían que abandonar las filas juaristas desde el momento en que se convencieron de que la intervención no atacaba la independencia y de que el partido que lo había traido estaba decidido á no sufrir en ella el menor atentado. Y en estas circunstancias se le ocurrió al partido clerical dar una gran prueba de desprecio por la independencia y de servilismo al Emperador de las franceses. . . . . .

"Esta regla no tiene excepción de modo que el crimen del partido conservador, de hacer intervenir en la cuestiones interiores de México á las bayonetas francesas, no nulificaba ni disminuía ni alteraba el derecho de Juárez, por pedir auxilio á las bayonetas del Gobierno americano. Es traidor el que apela á las armas extranjeras para resolver una cuestión interior en su país; no es traidor el que apela al auxilio de las armas extranjeras para combatir al ejército extranjero que lo ha invadido, cualquiera que sea el motivo de la intervención. En virtud de lo que acabo de afirmar, si el ejército de los Estados Unidos, llamado por Juárez hubiera invadido México para ayudarlo á rechazar el Ejército francés, traido por almonte, este hubiera continuado siendo traidor y Juárez no lo habría sido. . . . . .

«La corrupción política revela falta de responsabilidad del Gobierno ante la Nación y ésta solo se puede obtener por medio del espíritu público vigoroso y capaz de organizar fuerzas revolucionarias ó la legal del sufragio para corregir á sus gobiernos. Esta gran inercia es el sedimento secular de la educación católica antigua que sancionaba el derecho divino con gobiernos de derecho divino, es crímen para el pueblo exigirles responsabilidades por sus actos. Un pueblo sincero y fielmente católico está incapacitado para ser pueblo libre, por sus antecedentes que lo han sumergido en la abyección á lo que se da el nombre de purificación . . . . .

«Creo que el partido conservador al traer, la intervención armada cometía el delito de traición á su patria; pero hacía bien en cometerlo El partido conservador se encontraba en la necesidad de optar entre la traición á la patria ó á la religión. De dos males escogía el menor.

«El católico asceta considera su patria como un lote fangoso y áspero del valle de lágrimas, que para las almas santas no es más que un muladar. El católico místico profundamente espiritualista solo se fija en adoptar la naturaleza, la humanidad la patria, las leyes, los hombres y las cosas á los sacramentos y mandamientos divinos; su deleite es la meditación su tarea exclusiva contemplar, lo invisible, su anhelo ardiente convertirse en abstracción. No puede ser compatibles al patriotismo y el nirvanismo, social El católico combatiente vociferador, político teocrata, demagogo se encuentra en el profetismo. Oseas no hacía mas que llamar á los mas feroces monarcas extranjeros para que invadiesen á su patria y pasasen á cuchillo á todos sus compatriotas, sin virtudes, sin fé, sin ardores religiosos, sin creencias santas hombres en fin, degenerados en víboras.

«Todos estos tipos antisociales de católicos existen aún especialmente en el sexo femenino, y el delito de traición á la patria cuando se trata de salvar á la religión no puede existir para sus conciencias El tipo del católico eminentemente social, político y evolucionista, es una creación del jesuitismo. Sin los jesuitas la religión católica estaría en el vasto osario de las instituciones que empeñándose en no marchar se empeñan en no morir. El jesuitismo reconoce el patriotismo con reservas, la libertad con reservas, la democracia con reservas, el socialismo con reservas, y es capaz de llegar á reconocer el ateismo con reservas. Para el jesuitismo nada de lo que presenta la civilización moderna es condenable desde el punto de vista católico si oportunamente se hacen las debidas reservas Las reservas del jesuitismo consisten en aceptar todo extensiblemente con la sonrisa en los labios y la traición en el espíritu decidido á destruirlo sigilosamente la que con fingida buena fé se asceta, mientras llega el momento de atacar ostensible reaccionariamente con la intriga ó con la fuerza.

«La civilización siendo mas fuerte, que el jesuitismo hace que este vaya marchando hacia adelante y olvidandose cada día mas de cumplir el programa de las reservas. El jesuitismo es un cazador con piernas de elefante que persigue á un ciervo infatigable en un campo infinito. Cuando en determinado asunto el jesuitismo reconoce que las reservas son completamente ineficaces procura acomodar lo mejor que puede y aunque no pueda la teología y la ciencia afirman que nade de la religión se ha alterado y que no ha habido más que una nueva interpretación del caso. A fuerza de interpretaciones la teología jesuita tiene que llegar la incredulidad absoluta.

«El jesuitismo es el justificador y el amplificador de la doctrina «el fin justifica los medios» De manera que aun cuando se reconoca que llamar una intervención extranjera es una traición á la patria, con repugnancia debe ejecutarse si el fin es tan noble como salvar la religión En política, el principio adoptado para los jesuitas el fin justifica los medios es esencialmente latino y no es otro que el de sobreponer á todo lo moral, lo justo y lo raciona, la salud del Estado. El católico latino moderno es, pues lógico con su raza, con su historia, con su naturaleza, con sus necesidades espirituales, cuando sobrepone á toda la salud de la religión, del mismo modo que los jacobinos justifican todas sus atrocidades con la salud del pueblo»

F. ESQUIVEL OBREGÓN.

(*Continuará.*)

Como remedio específico para la INDIGESTIÓN, DISPEPSIA, ESTREÑIMIENTO, BILIS, MALARIA ó FIEBRE PALUDICAS, el LICOR AMARGO DE HOSTETTE, no tiene rival.

Las curaciones efectuadas durante los últimos 50 años, prueban su eficacia.

Si padece usted de desarreglos del estómago de cualesquier clase que sean, no olvide el LICOR AMARGO. Siempre cura.

GACETILLA

Lo que se bebió en el Tivoli.— «El Imparcial» publicó ayer un dato curioso que recogió, en que fija la cantidad de cerveza consumida durante las fiestas de Covadonga, en 68.500 botellas y la de sidra en 20,700.

Dice el mismo periódico que por esto se puede calcular la cantidad de gente que concurrió á las fiestas; media población.

Nos parece absurdo el cálculo de «El Imparcial,» pues hubo muchas personas que concurrieron y no bebieron. Debo afirmar que por su *dato curioso* se pueden calcular las *zorras* que corretearon en el Tivoli, y los *pesilios* que se embolsaron los importadores del zumo de Villaviciosa y Toluca.

Banco Central Mexicano

Avisa al público y á sus clientes que á contar del 1º de Octubre próximo, abonará el 3 p% anual sobre los saldos acreedores en cuenta de cheques, mayores de $1,000.000 liquidables en 30 de Junio y 31 de Diciembre, ó y antes si cuenta fuere cerrada.